

Reseña

Más allá del estado. Pueblos al margen del poder

Alicia Gili (ed.)

Edicions Bellaterra. Biblioteca de Estudios Africanos

Barcelona, 2002

191 páginas

Detrás de este título, entre *clásico* y *provocador*, se encuentra recogido un conjunto de pequeñas reseñas etnográficas de algunas poblaciones subsaharianas, lo que a su vez reúne a una serie notable de estudiosos de la creciente comunidad de africanistas en nuestro país. Lo clásico del título nos remite a la conocida clasificación de antropólogos funcionalistas de los años cuarenta, que encontraban útil distinguir a las sociedades africanas según la mayor o menor centralización política de sus estructuras sociales. Y también clásico es el tratamiento que se hace de las poblaciones que se estudian, que se consideran delimitadas en grupos culturales distintivos, cuyos miembros comparten una economía, una lengua, unas costumbres, un territorio y una identidad étnica común.

Lo provocador está en la tesis que asumen muchos de los autores de este libro y que explicita el prólogo de FERRÁN INIESTA: que en África encontramos a pueblos que "pueden aún funcionar en los aledaños de la nación moderna", al margen del proyecto modernizador de los estados poscoloniales. El criterio de selección de los casos estudiados parece ser, por tanto, la capacidad de resistir la integración que han mostrado algunos africanos. No obstante, a lo largo de todas las monografías se hará evidente que los contactos y las vinculaciones de estas poblaciones con los estados en los que se enmarcan son mucho más que anecdóticos.

Otra constante del libro es la constatación de las imágenes distorsionadas que los occidentales, y los estados poscoloniales como herederos de la colonización europea, han proyectado y manejado sobre el continente africano. En este sentido, es notable el capítulo dedicado a los pigmeos, de ALBERT SÁNCHEZ, único que no ofrece una descripción de un grupo concreto, sino una historia de las percepciones e imaginaciones de europeos y norteamericanos, que encontraron en los akka de África ecuatorial una nueva reencarnación del antiguo mito literario de los griegos.

La estructura de la mayoría de los capítulos incluye una caracterización de la vida económica, cultural y social, junto a la historia de cada uno de los grupos seleccionados. El énfasis en los cambios y transformaciones varía de unos autores a otros, pero en general es de estimar el esfuerzo de contextualización temporal que realizan todos ellos, muestra en parte del buen hacer de la editora.

No obstante, las descripciones de las formas de vida africana se hacen en una burbuja atemporal y ocultando dinámicas internas, como si existiera un equilibrio natural sólo roto por la llegada de invasores típicamente blancos. A menudo la historia que se cuenta comienza y es determinada por la intervención siempre dramática de comerciantes, invasores y colonizadores europeos, que interrumpen drásticamente en la armonía social en la que estos grupos habitaban. La época poscolonial por su parte no es más que continuación de esta injerencia, que traslada, oprime y sobre todo aculturiza en consonancia con el marco de la modernidad encarnada por los estados nacionales.

La aculturación, como pérdida de los modos de vida tradicionales descritos en el libro, es el principal peligro que los autores perciben en los tiempos actuales, mientras que el mantenimiento de las costumbres constituye la forma por excelencia de resistencia y la señal innegable del éxito relativo de estas sociedades. Se descarta que la adaptación, la integración en circuitos económicos más amplios o la adopción por parte de ciertos individuos de

costumbres diferentes, pueda hacerse de modo selectivo y consciente, y entenderse como estrategias, igualmente legítimas y dignas de estudio, para resistir y combatir la conmoción que siempre producen los cambios sociales. Y también se olvida que la reproducción de las costumbres fue en ocasiones expresamente buscada por el colonialismo para legitimar su dominación sobre la mayoría de los africanos.

Pese a las advertencias contra las visiones monolíticas y despreciativas de colonizadores y gobernantes, a veces se tiene la sensación de estar ante un espejo de esas mismas visiones en clave nostálgica e idealizada. Esto es especialmente claro en el intento de delimitar precisamente, como hicieran los europeos de antaño, los perfiles de los distintos grupos étnicos, a partir de caracteres como la lengua común, el territorio que habitan, la organización política que los aúna y sobre todo la consciencia de compartir una misma identidad. Este es un propósito problemático, que cada autor lidia de modo más o menos exitoso, pero que impide concentrarse en cuestiones más candentes en la historiografía y la antropología actual, como son las *conexiones* o los *conflictos internos*.

Efectivamente, apenas se nos cuentan las relaciones de poder o el cuestionamiento de éstas por parte de los grupos menos favorecidos dentro de las sociedades que se describen. (El subtítulo del libro, "Pueblos al margen del poder", puede haber funcionado como una barrera mental a esta dimensión). Por su parte, las relaciones económicas, políticas y sociales, más allá de las "fronteras étnicas", suele ser descrita en clave casi exclusivamente conflictiva, especialmente si son con grupos no africanos: se nos priva así de la comprensión amplia de los vínculos y conexiones de corta y larga distancia, y las transformaciones que ellas conllevan, no siempre tan destructivas como se pretende de las cultura o formas sociales africanas.

No obstante, la principal virtualidad de este libro es que, más allá del marco general de inmovilismo primigenio y desposesión moderna que explícitamente asume, su lectura atenta proporciona muestras de la diversidad, fluidez y variedad de las formas de vida africana y de su integración en los circuitos económicos y políticos que recorren y superan el continente. En este sentido el capítulo que mayor esfuerzo hace por mostrar la diversidad y el cambio es el de JOAN MANUEL CABEZAS sobre el espacio songhay, en el curso medio del Níger. Este autor explica de manera convincente el carácter fronterizo de esta zona y la transformación constante de sus organizaciones políticas. Sólo la insistencia por encontrar, tal vez infructuosamente, elementos permanentes y definitorios de una *civilización*, o lo que el autor llama con lenguaje propio una *etnoesfera*, nos reconducen al modelo antes señalado. El otro capítulo que se refiere a gentes agrícolas es la de EDUARD GARGALLO, en el que podemos asomarnos a las sucesivas transformaciones de la economía y organización política de los lugbara de Uganda a lo largo de los dos últimos siglos.

La mayoría de los otros capítulos tratan de pueblos pastores, con sus siempre complejas relaciones con los centros de poder, como es el estado poscolonial de nuestros días: los pastores no proporcionan tan fácilmente a los gobiernos el excedente que sí extraen de los agricultores, y su mayor movilidad se enfrenta a menudo con las pretensiones de control territorial de los estados africanos. El trabajo de DAVID ALCOY nos muestra la importancia del ganado para los herero de Angola y Namibia, así como la diversidad que pueden adoptar sus relaciones con núcleos centralizados de poder, coloniales y estatales, a veces de masacre y desposesión, y otras de indiferencia o cooperación. ALBERT FARRÉ no deja escapar la dimensión simbólica y social, además de económica, del ganado entre los karamojong, también en Uganda. El esfuerzo de este autor se centra en contextualizar históricamente y explicar de manera sociológica el conflicto civil que sufre la zona, (lo que se echa en falta en la descripción que hace de sus formas de vida).

ALÍCIA GILI pone de manifiesto el conflicto entre las comunidades ganaderas masai y los proyectos gubernamentales, que pretende reestructurar y controlar sus economías a través del cercamiento de territorios, y hacerlas compatibles con parques y reservas naturales. La contradicción entre las relaciones fluidas que mantienen los pastores con el espacio y las dinámicas estatales de fijación de fronteras la cuentan ALBERT MONGAY y GUILLERMO ALONSO en su contribución sobre el área tuareg. En este capítulo se pone de manifiesto, más que en ningún otro, los conflictos internos y las dificultades que existen para determinar de manera concluyente los límites identitarios de un grupo extremadamente diverso. ANTONI CASTEL, por su parte, nos acerca a las etnografías clásicas, especialmente la de Evans-Pritchard, a través de uno de los grupos de pastores más estudiados como son los nuer.

Por último, ALFRED BOSCH, se ocupa de los tradicionales cazadores-recolectores khoi-san de África austral, cuyas economías, espacios y formas de vida se han visto obligadas desde hace siglos a adaptarse al acoso de otros grupos más poderosos. Las políticas de los modernos estados poscoloniales son el último embate a lo que el autor percibe como una estrategia "por resistir y conservar su identidad lingüística, social y hasta cierto punto biológica".

Lo que no se supera, ni en este capítulo ni en ningún otro, es una visión del estado africano que lo identifica únicamente con el proyecto desarrollista y homogeneizador expresado por los nacionalistas de la descolonización. Si ésta ha sido a menudo la legitimación esgrimida para justificar políticas que conllevaban una mayor penetración del aparato estatal en la vida de los africanos, ello no significa que las dinámicas estatales en África, y su relación con otros procesos sociales, puedan explicarse exclusivamente en esos términos. Los gobiernos africanos han adoptado políticas diversas, desde ingenierías sociales hasta la reproducción del gobierno indirecto colonial; y sus relaciones con la población toman formas diferenciadas y desiguales, más a través de redes clientelares que vinculan a los grandes hombres de la capital con las zonas rurales, que de una ciudadanía homogénea.

Es en relación a esta realidad compleja del estado africano, y no sólo al programa modernizador que esgrimen a veces los gobernantes, como debemos entender las dinámicas de las poblaciones africanas. Éstas, por su parte, no siempre expresan sus aspiraciones en términos de resistencia y defensa de una identidad cultural frente al estado, sino que muy a menudo siguen reclamando de éste la efectividad de las promesas incumplidas del desarrollo. Y es que resulta muy difícil comprender a las sociedades africanas contemporáneas obviando al estado como uno de los principales objetos de análisis.

Alicia Campos Serrano
Reseña publicada en *Studia Africana*, n.15, octubre 2004.